



La historia no es destino

* Por José Rentería Torres

La historia, por lo general, no da brincos, la construimos con el pasar que vamos yendo como pueblo

“¡Ay y vieras qué gusto me da de que se acuerden de mí!” Ésta fue la respuesta de Tere cuando le llamamos por teléfono. Nos identificamos con la persona quien la acompaña. “Señora, le llaman...” y a la distancia oímos. “¡Ay, sí, pásamelos!” “Vieras qué gusto me da de que se acuerden de mí”, frase que repitió varias veces, y nos conminó a que hiciéramos una fiesta. “De verás que gusto me da de que se acuerden de mí”. Tere, en su desmemoria, algo recordó de nosotros porque rápido dijo:

“Pásamelos”. Tere es afortunada. La historia, por lo general, no da brincos, la construimos con el pasar que vamos yendo como pueblo. Recuerdo por allá en la década de los setenta del siglo pasado, cuando nos fue llegando una ideología con sus ideas: “La familia pequeña vive mejor”. La repetían tan seguido con una demencia -como la de Tere- que se fue incorporando en todos los estratos de nuestra sociedad. Junto con la repetición, las maquiladoras inundaron nuestras ciudades fronterizas. ¡Tenemos empleos! “Los índices del desempleo mejoraron...” Las y los jóvenes emigraron a las ciudades. “La familia pequeña vive mejor”, en las habitaciones “pichoneras” en donde apretadas vivían. “Las familias pequeñas viven mejor”, pero la raquítica canasta básica empujaba a las parejas a emplearse en las maquilas. Las guarderías eran insuficientes, los abuelos descansaban en el suelo cuando venían a cuidar a los niños, los que no venían, la calle los cuidaba, las madres solteras aumentaron, la mujer supo que podía, la mujer se empoderó y



aumentaron las abuelas cuidadoras. La modificada familia extendida, se negaba a desaparecer. El campo se abandonó. Juana cuida de su madre Juanita, pero ya está cansada de “lidiarla”, por lo que decide cambiar de ciudad en donde radican sus dos hermanos, “cada dos meses la estaremos rotando en nuestras casas”, acordaron. Cada dos meses se cumplía la entrega, y la siguiente, y las siguientes entregas no duraron. “Ya no aguanto a tu madre, si quieres atiéndela tú”, dijo la esposa de uno y siguieron las indeseadas entregas, y de

las desavenencias pasaron a “es ella, o soy yo”, las separaciones vinieron, los nietos de la abuela Juanita miraban todo aquello. Ante estas fracturas existenciales, los hermanos deciden llevarla a un asilo de ancianos. Esto me hace recordar el excelente documental: “El Agente Topo”, de la cineasta chilena Maite Alberdi, quien siguió el anuncio de un periódico en donde una compañía de detectives privados solicitaba a una persona anciana para contratarla, para que, de incognito, la meterían a un asilo de ancianos donde necesitaban investigar quién estaba robando

